



Elogio de la conversación

Un libro clave para situarse en el marco de referencia de su generación y el de nuestra relación con la historia reciente del país, con quienes lo vivieron desde adentro, y el tema de cómo esa experiencia se vincula con el asunto de ser latinoamericanos, es este texto que recoge las conversaciones que Enrique Lihn y Pedro Latorre sostuvieron durante un fructífero

Adriana Valdés

Conversaciones con Enrique Lihn, de Pedro Latorre (Santiago, Aulicor Ediciones), tuvo una presentación auspiciosa, hacia ya algunos días. En la librería Altamira se juntó una constelación de personas diversas, vinculadas a estos dos autores. Como suele haber desde la muerte de Enrique, hace ya dos años por estas fechas, se permitió la presencia de un fuerte inesperado y juguetón. En este caso, el marcialista Claudio Galdames, personaje mítico para los amantes del género. Sin apostillas a las palabras de Jorge Edwards transformaron el acto, le dieron un suspense natural —y a la vez cordial—. No pudimos sino comenzar, luego, que Lihn había resultado todo: como si lo hubiera conquistado un Enrique Lihn ya distante, rehuido en poco de nosotros.

Jorge Edwards había sostenido del arte poético o simplemente de la conversación. Recordó alguna exposición de poemas en el Museo Político de Nueva York, y pensó la conversación como arte efímero.

Una primera versión del libro *Políticos de un país*, recoge una serie de entrevistas de conversaciones efímeras, en que se habla de actualidad como "el límite de lo escrito" donde muchos "aportan sus verdaderos datos". Enrique Lihn dejó las cosas en sus libros publicados, vivió la vida de la escritura; pero este libro se cobija por haber tomado, con el vuelo, en una "zona limítrofe entre el lenguaje oral y escrito", una más de sus dimensiones, la de grande y grácil conversación. Para quienes quieren entrar más en su obra, el libro estará por dentro lleno de datos claves, pero su interés no se detiene allí. Está todo el tejido de relaciones del que surge la obra, pero ese tejido de relaciones es también el de varios tiempos y espacios de nuestra cultura, articulados por un observador a la vez sagaz y apasionado.

Se ve de menos altura el arte de la conversación. Algunos ven una forma de ir creando, persona a persona, un mundo de referencia: lo que un joven escritor decía, es que mismo suplemento hace unos días, que era la cultura que le faltaba a su generación. En ese sentido este libro es ejemplar. Cuando todos los límites de la lengua debían ser visto a algunos iniciados, a los que luego imitaron, a algunos gentes de los mayores, que asomaron, de jóvenes, fueron repitiendo a la mujer "de punto negro" y por punto negro.

La conversación de los mayores puede no estar dirigida a los jóvenes, es mejor cuando no es didáctica. La experiencia de gran parte de la generación de Enrique Lihn no fue fundamentalmente universi-



ria, sino de autoeducación inspirada por un medio literario, por algunas lecturas al modo de conversaciones. Me da la impresión de que con este libro devuelva la mano, converse, para que otros puedan encontrar algún día algo que los lleve quizás por qué camino propio. Por semejanzas, por de herencia, por contingencia o por lejanía, este libro de un horizonte con el cual medire y un conjunto inacabable de estímulos. (Hace como un padre, cuando ya era niño: hablarle de los libros como si yo supiera. Nunca le estubo más fuerte que entonces, porque, claro, si él lo supiera, yo más que saber. Pero no quiero más por esta pendiente, más no es más que una divergencia). El libro da a los jóvenes la oportunidad de acercarse a una conversación de personalidad de autores, en un nivel que sería un regalo encontrar en la vida cotidiana.

La vida de la imaginación

No van contando cosas, los dos interlocutores. Hay biografía, hay personajes, hay ambientes, pero sobre todo en relación con "la doble vida", la vida de la imaginación. La historia de la persona de Enrique Lihn es vista como la historia de los materiales y las operaciones que van formando su peculiar imaginario: las lecturas, las ideas, las pinturas con los poemas, y también las claves de otros poetas. Sin ellas nada se entendería, y las historias personales no serían más que un rosario de lugares comunes.

Hay una narración que sirve de hilo, que es cómo se va formando esa mente, en contacto con qué

religiosos, y luego en contacto, decía yo, sobre todo con su propia obra, que fue su manera de irse distanciando con el mundo. En torno a ese hilo se va armando todo el tejido de las referencias. Tal como el libro habla de una poesía oscura, la propia experiencia con la literatura sirve de punto de mira.

Entre en todo el contexto de un libro abierto, todo lo que se dice tiene lugar, fecha, y relación con los proyectos de escritura propios. Entonces, se toma partido, muchas veces en forma política; pero el tono predominante no es ese, sino el de la reflexión crítica, durante una época particularmente reflexiva de un hombre que siempre estuvo consciente de la importancia de la labor crítica en relación con la misma obra creadora. La probabilidad de esa reflexión es particularmente interesante, como aporte cultural, cuando aborda el tema de la crítica literaria en Chile. No lo es menos cuando habla de Gabriela Mistral —antes de todas las revisiones críticas y conmemorativas del año pasado— dice que "el es notable lugar en que debiera colocarse esta que debería, junto con ella misma", y prosigue a explorarlo, junto con Pedro Latorre.

En esas temas, el libro configura especialmente bien la conversación como género. El papel de Pedro Latorre es más que el de oyente, que con modestia se atribuye: es el interlocutor preciso, el que, preguntando y desmenuando, crea el lugar y el clima de la conversación.

Es notable, en este sentido, la consideración de Borges poeta, a dos voces que no están de acuerdo.

La posibilidad de una conversación, en el año 1978-79, era también una práctica ideológicamente liberadora, en que el valor del respeto y la amistad respaldaban la posibilidad del espacio de la reflexión. Nueva versión del interlocutor preciso, un el cual explorarse habría sido una tarea insalvable.

Un escritor, varios autores

El texto es una reflexión. La primera, hecha en México en 1980, nunca circuló en Chile. Hay que decirlo explícitamente, porque, al hablar de la obra de Enrique Lihn, las conversaciones por supuesto se cubren los últimos años.

Con eso se limita el registro de autores que fue ("un mismo escritor", dice en la pág. 145, "puede ser varios autores"). Queda fuera el historial, el autor y actor de una que terminó por desahitarse en sus últimos años, y el personaje dramático y marginal que toma la palabra en *Punto Alemande*, una obra más insistentemente apolítica.

Otros dos autores están, en cambio, tratados, y diferenciados entre sí. Uno es el poeta, tal vez el más próximo al sujeto biográfico y su experiencia, pero que siempre equivale al sujeto biográfico: "en general no doy cuenta de los mo-

chos momentos —Samborombonillo— que no están en la historia de mi escritura poética... las experiencias de base, que han originado la mayor parte de mi poesía, son verdaderas e insuperablemente dolorosas". Esta línea, nunca abandonada, la "representación solitaria y 'autística' de sí mismo", se reanuda en el libro final, *Días de muerte*, que reabrió en 1988 muchas imágenes del tiempo de *La piraña oscura*. (Trabajo por hacer, aviso para el lector).

Alrededor de 1975, también en la poesía comienza a abrirse paso otro autor, que hace de ella algo así como "un escenario donde se mueven múltiples y pequeños actores como en un teatro de marionetas", y con ello asocia el desplazamiento de la escritura hacia una particular forma de novela. Incremento en una simplificación, política decimos que del yo individual se pasa a un yo social, o, como ella decía, "dentro de conversaciones particulares, se pasa de una persona a una masa". Enrique Lihn, en tanto autor de novelas, es otro autor, y su tema fundamental es otro: "el de la condición humana humana en Hispanoamérica", que, dice, "nos acerca inevitablemente a la muerte".

Trabaja sobre las características de "marginalidad, inautenticidad y desconocimiento" propias de nuestra condición latinoamericana, sobre "los imperios de toda especie del llamado desarrollo en el campo del subdesarrollo, y la discontinuidad contingente". Su campo de trabajo es por supuesto el lenguaje, en este caso el lenguaje latinoamericano en cuanto lenguaje social, y el teatro de sus contradicciones y deformaciones, como terreno donde se revela la condición humana continental, antes calificada de amorosa.

En síntesis, un libro clave. Para estudiar a un escritor múltiple, por cierto. También para situarse en varios momentos de nuestra cultura. Entre ellos se pueden destacar el de los orígenes y marco de referencia de su generación literaria, y otro que no hemos resuelto y está en debate: el de nuestra relación con la historia reciente del país, con quienes la vivieron desde adentro, y el tema de cómo esa experiencia se vincula con el asunto de ser latinoamericanos, que es una pregunta permanente.

En el libro se dice que una de las características de América Latina es ser "un espacio histórico poético e insostenible que para escapar incluye toda forma positiva de continentalidad, toda tradición viva". Es, afirma Pedro Latorre, "una permanente fundación sobre las ruinas". Quisiera contradecir, desde el mismo libro, porque este es un aporte a una tradición que quedamos vivos, un punto de referencia para aprender. ■



AUTORÍA

Valdés, Adriana

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Elogio de la conversación [artículo] Adriana Valdés. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile